

una barrera insuperable. No pudiendo desde entonces invadir el territorio ajeno, se dedicaban a cultivar el suyo. Una vez concentrada la aptitud militar en una casta, las demás pudieron aplicarse al trabajo; y entonces comenzó la transformación gradual de la vida guerrera en vida industrial, objeto de toda la política interior y exterior de la Edad Media, y carácter de la época moderna.

Entonces el cristianismo cambió al esclavo en villano; interpuso una autoridad entre él y el señor, y no se podían observar las mútuas obligaciones del feudalismo, sin comprender que sólo la Iglesia podría formar y regularizar aquella combinación tan oportuna del instinto de independencia y del sentimiento que hacia sacrificarse por otro, que elevó a tan alto grado la dignidad moral de la naturaleza humana. Así acontecía, sin duda, a un pequeño número de familias; pero debía servir de modelo á las demás, que operaban después su emancipación gradual (17).

La caballería llegó á coronar la obra, institución admirablemente oportuna, cuando ningún poder social había prevalecido hasta el punto de imponer un orden interior. Suplió á la insuficiencia de la protección individual, convirtió un medio de educación militar en poderoso instrumento de sociabilidad, haciendo que prevaleciese el mérito sobre el nacimiento.

Pero el mayor número, que no está compuesto ni de príncipes ni de soldados, que no usurpa ni mata, permanece aun olvidado tanto por los hombres de Estado como por los narradores, y no puede uno representárselo sino por inducción, reflexionando que no hay conquistadores sin poblaciones que someter, tiranos sin víctimas que inmolarse. El vulgo sin nombre, trabajaba; pero con el trabajo adquirió la propiedad, y con la propiedad la libertad. Habiendo pasado de la esclavitud romana á la servidumbre feudal, en la que el hombre no pertenecía ya al hombre sino que estaba sujeto al terreno, se organizó después en maestranzas y concejos; elevóse luego, con ayuda del comercio, hasta las franquicias políticas, prelujiando los tiempos en que ya no había de haber nadie que no tuviese el pan de cada día, una industria para procurárselo y la fuerza necesaria para garantizárselo.

Cuando los invasores adoptaron la vida agrícola y se verificó la transformación de la servidumbre, no tardó en sucumbir el feudalismo, habiendo concluido su misión. Ríguerosos legistas quisieron oponer al derecho canónico otro derecho; la gente de

(17) Sistema maravilloso por el cual se organizaron y colocaron enfrente uno del otro el imperio de Dios y el del hombre; la fuerza material, la carne, la herencia en la organización feudal; en la Iglesia, la palabra, el espíritu, la elección, en todas partes la fuerza, el espíritu en el centro y dominando á la fuerza. MICHELET, *Introducción á la Historia universal*.

oficio y los mercaderes construyeron barricadas para detener á los caballeros; la campana del conejo contestó con redoblado estruendo á las trompetas de los castillos, y el plebeyo hiere con su fusil al guerrero bajo su impenetrable armadura. Todo cambia entonces: el poder social descompuesto trata de ser uno, y la libertad doméstica que aun faltaba en la Edad Media se conquista; y los reyes á quienes en el día damos el nombre de tiranos, fueron los instrumentos necesarios para adquirirla por el interés que tuvieron en procurarse súbditos inmediatos, en disminuir el número de los barones, y concentrar en sus manos el poder desparramado en la de los jefes de familia. Hemos llegado de esta manera á reconocer que la libertad religiosa y civil son superiores á la libertad política.

Soberanías fundadas, no sobre las armas, sino sobre el derecho, no podían ser más que absolutas, vista la inflexibilidad de las deducciones lógicas. Fueron tan provechosas á la humanidad como lo es al niño la tutela del padre, templada únicamente por el afecto; pero así como la hora de la emancipación llega para él, también llega para los pueblos, y Dios es quien la marca. La Iglesia había formado las naciones, pero á medida que se hacen adultas, que los territorios se reúnen y nace el poder social, las naciones tratan de abandonar sus pañales. Además de la unidad de gerarquía política, aun se pelea por la unidad religiosa: de aquí odios encarnizados que se prolongan en el siglo XVI, y resulta en fin la idea precisa del destino de la Iglesia, una suave tolerancia, y la justa delimitación de lo espiritual y lo temporal; dos sociedades, la una fuera de los límites y del espacio, la otra conformándose á los tiempos, á los lenguajes y á las costumbres de las diferentes épocas.

La actividad general, ocupada en conquistas importantes no puede dirigirse hácia los adornos de la inteligencia, y es mucho si la ciencia desempeña por toda tarea la de conservar. Pero ella no ostenta ninguna pretensión bajo este aspecto, y nos vemos precisados á buscar los elementos de su historia donde menos se creía encontrarlos. Una estrofa de un trovador nos revela lo que el sabio no se atreve á decir. La lurla ó la reputación nos completan una doctrina cuya luz apenas se distingue en otras partes. Esto es lo que hace cansado y siempre imperfecto el estudio de aquella época, cuyos hechos más aparentes, pero no más principales, son aquellos que señalan el principio y el fin, á saber, la irrupción de los germanos en el Mediodía y la de los españoles en la América.

Aquí es donde se termina la misión defensiva y guerrera de la Edad Media: los bárbaros septentrionales se hallan establecidos en el territorio, los del Mediodía no inspiran espanto, y las órdenes religiosas y militares bastan á la tarea que reclamaba en otro tiempo los esfuerzos reunidos de toda la Europa. La misión política del catolicismo de establecer la moral universal, han concluido tam-

bien. Pero los límites de la autoridad sacerdotal no se habían establecido nunca sobre un principio racional. Los papas se dirigían siempre á la concentración; las nacionalidades repugnaban también un César cada vez más, por el motivo de que hacia poco que la actividad había cesado de tener un objeto común. La gran unidad se rompió; pero el golpe procedió de los miembros salidos del clero; tan falso es que la libre actividad especulativa ha tenido trabas en el seno de la Iglesia!

Progresos sociales modernos.—Dado este golpe, las tres autoridades de la Edad Media se disuelven, á saber, en el orden social, la Iglesia; en el intelectual, el aristotelismo; en el literario, el latín: á los tiempos trastornados por la espada y ordenados por la fe, suceden los constituidos por el poder; el mundo, que ha pasado de los guerreros á los sacerdotes, camina á los reyes hasta que llega á los pueblos. Aquí el narrador tiene menos esfuerzos que hacer para olvidar sus costumbres propias. La historia pasa de los dominios de la erudición y de la imaginación al campo de la vida actual; interesa cada vez más, porque es la nuestra.

A fin de que el número de los que pueden gozar de las ventajas de la civilización sea siempre más grande, otras naciones salen de la oscuridad, y se ponen en comunicación con un mundo del que creían estar separadas; una sociedad universal ensaya abrirse el camino, adoptando los mismos medios de civilización, y si nosotros vemos aun horrores, estos horrores serán ejercidos contra *bárbaros*, y se tratará de justificarlos diciendo que son de una raza inferior á la nuestra. Las distinciones, los privilegios, las diferencias, que eran el fondo de las constituciones feudales, ceden el puesto á un orden social que tiene por lema la equidad de la familia, la igualdad de las leyes en el Estado, la de las sucesiones, los impuestos, la propiedad y la justicia. La superioridad de Europa está decidida, y las demás partes del mundo se elevan entre las naciones en proporción de lo que se acercan á las nuestras, que van á buscarlas á través de los mares.

El sentimiento batallador ha perecido; y ya Maquiavelo notaba una disminución en la importancia de los generales, omnipotentes en Roma, temibles en la Edad Media, al paso que en el siglo XV la lucha existe en el interior entre el progreso y la resistencia, entre el genio romano de severa y militar disciplina, y el germánico de independencia personal; genios que prevalecieron alternativamente, pero el último más que el primero. La razón y el sentimiento, que constituyen el enigma del hombre y engendran el amor y la ironía, la simpatía y la crítica, la demolición y la reconstrucción, términos correlativos é inevitables, han cambiado para el porvenir de papel. Una civilización escéptica y experimental reemplaza una sociedad dogmática. Es necesario aplicar todo el análisis y razonamiento, regularizando los adelantos de la civilización según el examen y la experiencia. Se

dedican á buscar lo que es útil, dando la preferencia á lo que es material y sensible, independientemente de la idea de autoridad y á veces de honradez; constituyendo las rivalidades del comercio, la guerra incesante de la paz, hasta que las naciones hayan aprendido á repudiar la creencia de que su prosperidad depende de la decadencia de las demás. La opinión se convierte en un vínculo nuevo entre los individuos, las naciones y los Estados, tan poderoso como el del comercio, y las creencias religiosas; y sobre ella, no sobre el sentimiento como en la Edad Media, se funda la época moderna, aunque esta época esté dividida en una infinidad de doctrinas racionales.

Pero al contrario de la Edad Media, la educación se encuentra ahora restringida á la instrucción, y se va á aprender á la escuela doctrinas, pero no la virtud y el modo de conducirse y reformar su carácter.

Había en la Edad Media más naturalidad y genio; pero cada uno de sus relámpagos los aplaudimos como los sucesos precoces de una joven inteligencia, ó los espontáneos frutos de un árbol inculto; no encontrábamos allí reunidos el gusto y la imaginación, la delicadeza de las formas y la originalidad; el sentimiento de la moral faltaba como el de la hermosura perfecta; no se sabía ser elegante sin esfuerzo, ni doctamente ingenioso, proponerse un objeto y marchar á él sin desviarse; pero la era nueva, rigurosa por sí misma, ejerció una crítica cuya severidad, no perdonando ningún defecto por mil bellezas sin tacha, llegó hasta á denigrar.

Cuanto más nos acercamos á los tiempos modernos, más se conoce la necesidad de representar á la Europa como un todo homogéneo, una anfictionia en la cual considerando la nación aisladamente, sería esponerse á no comprenderlas todas. En efecto, aunque cada una de ellas permanezca distinta de las demás, aun cuando esté avasallada por la conquista y por la fuerza, todas siguen en la independencia indisoluble; y hay siempre alguna que prevalece en un siglo, y arrastra á otras en su torbellino; de lo que resulta que su historia llega á ser universal. En fin, determinando el interés de las colonias movimientos nuevos, nuevas combinaciones políticas, ligas y enemistades, sirve para unir las entre sí con lazos recíprocos. La poesía, que muere, es reemplazada por el álgebra; el entusiasmo, por el cálculo: lo que hacia la Iglesia en la Edad Media, se hace en el día con edictos y por el interés material; á las hermandades sustituimos las asociaciones; á los religiosos los soldados, célibes involuntarios, á las basílicas los teatros, á las lámparas de los tabernáculos los mecheros de gas: leyes severas reprimen á los hombres; mientras en la Edad Media el hombre obraba con independencia, y la lealtad y la virtud no se ordenaban por el gobierno, se ostentaban la nobleza y grandeza; pero después una policía provista de esbirros y una justicia espresada por el

verdugo dispensaron de recurrir á los frailes y á la tregua de Dios.

De aquí un nuevo derecho de gentes, si el derecho, fundado al principio por la fe y la justicia, hablaba en nombre de la religion; cuando fué reducido después á ser juramento político, no se propuso otro medio que la utilidad, ni más límites que la capacidad. La mediacion pasó de los papas á los príncipes; en lugar de las excomuniones que amenazaban á las testas coronadas, se vieron cañones dirigidos contra el pueblo. Las misiones fueron reemplazadas por la diplomacia, cuya intervencion fué funesta cuando queriendo los ministros y los negociadores hacerse necesarios, produjeron la guerra con sus caprichos, ó cuando los intereses domésticos llegaron á complicar á los intereses públicos. Pero al lado de este poder crecía la opinion, que fué para él un freno insólito y robusto.

La prensa llega también á ser un poderosísimo instrumento; y de aquí la insistencia de los gobiernos para apoderarse de ella; de aquí el que los partidos luchando sin concordia posible y ayudándose con la pública retórica, ensordezcan el mundo y la vida con sistemas y profecias que fatigan el pensamiento sin ilustrarlos. Los problemas que la teología habia propuesto y desarrollado, se reproducen todos, pero bajo formas diversas y lenguaje cambiado. Las revoluciones se hacen más raras, porque no son las intrigas de algunos, sino la obra del pueblo. También es preciso seguir el hilo de las sociedades secretas, instrumentos eficaces de las mudanzas públicas.

Evolucion moderna.—De esta manera se preparó nuestra época, en la que los intereses materiales han llegado á desempeñar el principal papel, opuesto muchas veces á los deberes morales; donde el comercio impide más guerras que la buena union de los gabinetes, en el que un banco se convierte en salvaguardia de la tranquilidad, y un empréstito en dique de las revoluciones. Los hombres de negocios son, por decirlo así, los zapadores y pontoneros de la civilización; y gracias á la industria, grande y continua aplicacion de las riquezas intelectuales de la humanidad, los pueblos conocen la necesidad de la paz: la experiencia, más que los teoremas, han convencido que no es posible separar el bien de un pueblo del de los demás; así es que en los grandes intereses del comercio no se trata ya de conquistar privilegios, sino como Napoleón en sus guerras, de vencer á sus enemigos con rapidez. Ya no es permitido divertirse con la literatura como el niño con el calediscopio; ha llegado ha ser una cuestion social y no una cuestion de escuela; no está ya agitada por pedantes que sutilizan sobre una forma, sino por pensadores y moralistas que ponen las ideas á prueba de las consecuencias. A fines del mismo siglo pasado, la pluma se atrevía á hacerse la regente del mundo; y sobre todo, el arte de escribir llegó á ser un poder superior á la accion, y también al

pensamiento. El lenguaje cambia de fisonomía á medida que con el desarrollo de la cultura intelectual las palabras son insuficientes para reproducir aquellos simulacros de concepciones vagas y esperanzas indeterminadas que flotan en los espíritus. Pero el sentimiento de lo bello, por la misma razon de que es menos susceptible, no se hace más justo con respecto á lo pasado, enseñándonos á trasladarnos con una erudicion sincera é ingeniosa á los lugares y tiempos antiguos, y á hacer revivir las sociedades estinguídas, para encontrarlas en armonia con la que ellas han producido.

En el día, la ciencia estiende indefinidamente los límites del poder productivo, se une á la industria para aliviar sus fatigas, y nos avasalla, no nuestros semejantes, sino los elementos. Watt y Stephenson, con el vapor y los caminos de hierro, han muerto la industria perezosa, y forzado á las grandes industrias manufacturera, comercial y agricola, á concertarse para obtener en grande y en comun la conduccion, la venta y los transportes. Las máquinas se ejercitan en objetos de un consumo general, lo que hace que abunden en ventaja del mayor número; la necesidad innata del bienestar todo lo invade; todos quieren producir para consumir; los pobres enriquecen con el trabajo, los ricos emplean sus capitales en él. En el día así las manufacturas, como los monasterios en la Edad Media, fundan ciudades nuevas, al mismo tiempo que las comanditas acumulan los pequeños capitales, fraccionan la propiedad territorial; y dividiendo los seguros, los efectos de los accidentes desgraciados, les arrebatan en gran parte su funesta influencia.

Uno de los hechos más sensibles producidos por la Edad Moderna, es la centralizacion de todos los poderes, centralizacion que se verifica, no sólo arrebatando á los particulares el derecho de guerra, la jurisdiccion y las inmunidades, sino dirigiendo también la eleccion de la instruccion; los actos más individuales, las cosas de la religion, la administracion de las obras de beneficencia, la ejecucion de las últimas voluntades los capitales del rico para los empréstitos, y los del pobre para las cajas de ahorros. De esta manera se ha estendido considerablemente el número de los empleados, aristocracia nueva, que ejecuta sin ratiocinar y aplica sin discutir, sujeta al gobierno por la gratitud y la esperanza, así como las demás clases lo son por el temor y el deseo de la tranquilidad.

Como la importancia principal consistia antiguamente en la tierra, la propiedad fué rodeada de precauciones muy rigurosas, y la industria quedo libre, porque no se ocupaban de ella. Habiendo llegado ésta á tanta influencia, se conoció la necesidad de caminos, canales y puertos, y de aquí la de gobiernos que á ella proveyesen, procurando ejecutarlos por sí mismos y que adquiriesen la preeminencia entre las industrias, por medio de arsenales, ingenieros mecánicos, capitales y el

crédito del Estado, vigilando las asociaciones de particulares, necesarias para la igualdad, y que podian convertirse en un nuevo poder.

Hay sin embargo gentes tímidas que creen bueno repetirnos todos los días que marchamos hácia la anarquía, sin reflexionar que la más degradante tiranía estaria pronta á establecerse desde el momento en que la opinion cesase de combatirla, en atencion á que las insurrecciones, para reivindicar los derechos, son cada día más difíciles, cuando el bienestar material es deseado de tal manera, que se le sacrifica hasta la confianza en las innovaciones oportunas.

Se ha comprendido al mismo tiempo que las mejoras más sensibles y seguras son las que proceden de la perfeccion de las artes y de la estension de los conocimientos humanos. El conquistador material puede derramar lágrimas, por temor de que no le falte el espacio; pero las verdades están de tal manera encadenadas en los descubrimientos de la imaginacion, que cuanto más adelantamos más se agranda el horizonte á nuestra vista. De esta manera puede realizarse el pensamiento cristiano de la fraternidad universal, el pobre puede pagar al rico la proteccion que recibe de él sin que sea con su sangre; el que posee muchos instrumentos de trabajo, es decir, capitales, puede enriquecer, sin oprimir, á aquel que depende de él, y hasta facilitarle una condicion mejor.

Aun subsisten las ficciones legales, como paso entre las generaciones que sucumben y las que nacen; sobre estas ficciones están aun fundadas las constituciones; leyes hechas para otros tiempos y para otras necesidades rigen un mundo en el que toda novedad produce revoluciones; las aduanas guardan las fronteras que los trenes de vapor dejan atrás; la organizacion de la propiedad conserva el sello del feudalismo; el sistema hipotecario ha permanecido lo que era antes de la creacion de los bancos; las antipatias, las exclusiones, los monopolios no han cedido aun á las máquinas y á los grandes medios de comunicacion; conservamos todavía alguna cosa de la naturaleza de una sociedad que no pedía nada á los que poseian mucho, y todo lo exigía de los que nada tenian.

Estamos en la edad media de la industria: los capitales están concentrados en manos de un pequeño número, que corresponden á los feudatarios antiguos, así como á la conquista corresponde el agiotaje; los privilegios no están sancionados por la ley, sino arraigados por la costumbre; la economía política no se ha ocupado hasta aquí como en otro tiempo, mas que de las propiedades territoriales, de las riquezas y de los capitales, es decir, de los productos, y aun no ha dirigido su atencion sobre los salarios, la poblacion y la miseria. De todos modos, si antes se engañaban por ignorancia, en el día, ilustrados por las revoluciones, tenemos la conciencia del mal; vemos la posibilidad de lo mejor: sufriendo el pauperismo, prevemos

la época en que el hombre se emancipará de toda mision servil, y en que el poder del capital y del trabajo se estenderá, como ha sucedido con el de la inteligencia; la economía política será el faro de las revoluciones ó más bien de las evoluciones futuras, como la religion y la filosofía lo han sido en los tiempos pasados; ó si se quiere, será la misma filosofía, pero con medios prácticos y poderes organizadores que no poseia anteriormente. Ya este hecho está espresado históricamente por el comercio inglés, que tiene á los bancos por trono, que se apodera de las Indias como un juego de bolsa, y goza bajo el yugo de algunos especuladores de un imperio más estenso que lo que fué nunca Roma, la dominadora del mundo.

Así la civilizacion nueva tiene un carácter fuera de costumbre, el de adaptarse á todas las clases y estenderse á todas las naciones. La antigüedad no consideraba más que dos ó tres superiores con mucho á las que con un estremado orgullo, aunque no era sin embargo irracional, trataba de bárbaras. En el día á las civilizaciones latina y teutónica coaligadas, se reúne la civilizacion eslava de los rusos: ¿y quién sabe si la superioridad que perteneció al principio á la primera y pasó después á la segunda, no está destinada á ser la herencia de la última? Caracteres decididos no separan ya como en otro tiempo las diferentes naciones. La Francia, católica en las formas, se inclina al pensamiento protestante, y civilizada como los meridionales, es activa como la raza del Norte; la emancipacion de los Estados-Unidos ha comenzado en América las esperiencias de la libertad, que no sólo han dado fruto en aquel hemisferio, hecho insigne que, unido á la desaparicion del monopolio de la India, ha dejado al comercio tomar vuelo; el Austria, latina de religion, medio eslava y medio tudesca por la sangre, se inclina á ser conciliadora, y puede también con su sistema patriarcal aprovecharse de la naciente civilizacion, preparándola á recibir la libertad que ella impedia á las naciones adultas; la Rusia, que tanto se une á los sistemas del Asia, y siempre va ocupando más territorio en Europa, sobre una estension igual á la superficie visible de la luna, lleva las semillas latinas entre los errantes é indómitos asiáticos, y suaviza á los caucasicos con aquel knut que rechaza la desmembrada Polonia: Navarino y Grecia han probado que la horda musulmana debe sucumbir inevitablemente á la reaccion cristiana, y la estirpe árabe y turca tal vez están próximas á entrar en el gran concierto europeo.

Queda, pues, por asimilar la estremidad oriental con la intervencion de los asiáticos del Norte y de los americanos; y ya estos últimos, los rusos y los ingleses, han comenzado á introducir allí, á pesar de la inviolable muralla, algunas de nuestras ideas. Entonces podría uno esperar que llegaria el momento en que todos los hombres no formarían más que una asociacion, con la misma religion, los mismos intereses y la misma civilizacion; y en

la que, por la mezcla de las cualidades propias con que se confunden las diferentes razas, reunirían sus conocimientos para sacar el mejor partido posible de cada porción del globo.

No se puede apreciar con verdad las ideas y los hechos modernos sino en tanto que se derivan de ellos todas las consecuencias: en la rica alianza de los pueblos, visiblemente hermanos en su espléndida variedad, la historia podrá ser universal, es decir, conocer las relaciones de los fenómenos diferentes: al paso que en el día comprende á lo más la Europa y los países unidos á ella, permaneciendo los demás extraños á la marcha de sus destinos. ¿Qué sabemos hasta aquí del Asia? ¿Fue más poblada en otro tiempo? ¿Qué porción de sus habitantes han esterminado los mongoles? ¿Cuántos inmolaron la primera furia y el despotismo sucesivo de los turcos en los países occidentales? Así como los antiguos filisteos, los fenicios, los caldeos, los lidios, los babilonios, los medos, los sogdianos, han pasado sin trasmitirnos una palabra de su existencia, lo menos cuarenta naciones han sido anidadas por los mongoles; otras han perecido en nuestros días, como los doms en la cadena del Himalaya, los mio-tsé en la China meridional, los tatas en la China del Norte, los samoyedos en las montañas del Sayansk, otros en el Cáucaso y la Europa no lo ha notado.

¿Qué diremos de la América? Llamada ayer aun el Nuevo Mundo, presenta todos los días pruebas de su antigüedad; y aun cuando una era reciente se abre para ella con el desembarco de los europeos, poblaciones enteras se extinguieron, sin que quedase más que palabras repetidas en los bosques por los papagayos, que sobrevivían á los que les habían instruido. Ahora bien, no pudiendo probarse el progreso sino donde se encuentra una serie continua, el hilo de la historia no puede seguirse sino entre el pequeño número de pueblos civilizados.

Evoluciones previstas.—Cuanto más adelanta la ciencia, más surgen hechos importantes que se dirigen á acusar de impotencia á los sistemas que trazan á la humanidad una marcha deducida de las analogías de lo pasado, y tal vez desmentida por las vicisitudes divergentes de millares de mortales. ¿Qué tiempos deben, no obstante, inspirar más que los nuestros confianza en el progreso? Carlos Quinto y Napoleon se mofaron del vapor, y la libertad americana tuvo fe en él. En vano propuso el emperador francés recompensas al que obtuviera una máquina para hilar el lino y los medios de fabricar el azúcar indígena. Estas son cosas comunes en el día y hasta se está obligado á disminuir los productos de esta última industria. Vemos en la actualidad servir el calórico para los trasportes, pintar la luz y esculpir, alumbrar y transmitir comunicaciones la electricidad; y la luz, el calórico y la electricidad se reducen á un sólo agente, así como la filosofía está próxima á encontrar el vínculo entre la razón, la inteligencia y la sensibili-

dad, para identificar la metafísica, la lógica y la moral, y demostrar que es la misma cosa la que nos hace pensar, razonar y amar.

No se impaciente, pues, la fe en el progreso, y sobre todo, en el día que se hace general. Que se pese, se juzgue, se sepa distinguir lo que es dado al hombre alcanzar con ayuda de lentos esfuerzos, transacciones pacíficas, cultura moral é intelectual, de lo que debe esperar con respecto y humildad de la voluntad suprema. Consolémonos de las pequeñas miserias de lo presente, complaciéndonos en la idea del triunfo del porvenir: no disimulemos el mal como aduladores, ni lo exageremos como misántropos. Ninguna simpatía nos une á lo pasado, hácia el cual tenemos poca admiración; no consideramos como un progreso el deseo de una época ú otra, sea la majestuosa servidumbre romana, la organización católica de la Edad Media, la libertad tempestuosa de los concejos, el espléndido absolutismo de Luis XIV, ó la fecunda mescolanza del siglo XVIII. Somos mejores que nuestros padres; y nuestros hijos evitarán las faltas y ridiculeces que nos reconocemos. Poseemos bastante bien para estar orgullosos, y también suficiente mal para no poder disimularlo sin peligro. Con disgusto vemos á la aristocracia de los banqueros y de los empresarios, feudatarios actuales de la industria, que han sustituido la servidumbre del oficio á la de la tierra. Vemos también con disgusto á esta sociedad, más bien sistemática que moral, en la que nos creemos honrados porque somos civilizados; sabios, porque somos hábiles; virtuosos, porque tenemos reglas, y en la que la tranquilidad del mundo está confiada á la policía, y la moral reducida al código civil, sociedad en que la clase elegida sólo busca el descanso y cubre su inercia con *nada de escaso*; de modo que cómoda, ataviada, y en conversaciones frecuentes pasa su vida en la ociosidad de un cauto egoísmo, sociedad en que se habla de pelear para defender, no la patria, sino sus almacenes, y donde la paz se conserva, porque el judío se niega á prestar dinero, al menos que la guerra esté declarada para obligar á un pueblo á embriagarse de opio ó de aguardiente; en la que se habla del restablecimiento de la religión, pero aceptándole en conjunto como una cosa hermosa y buena, sin ocuparse de las prácticas y del dogma, en la que asustándose de los fantasmas sin vida, no se inquieta uno de los peligros reales y eminentes; donde la experiencia, fecundada por la meditación, no ha enseñado aun á combinar la garantía de los que obedecen con la integridad de los derechos de los que oprimen; en la cual la frialdad glacial de la duda y el vacío de la incredulidad sofocan todo entusiasmo, de modo que por repentinos sucesos que parecen subvertir los fundamentos de la sociedad, se introduce en ella una debilidad disimulada y cubierta con el velo del heroísmo; pero no se busca que hacer, sino pretextos para no hacer, y cuando se quiere reorganizar una sociedad desordenada, no se sabe lle-

varlo á cabo de otro modo que reproduciendo los sistemas, los errores y los males contra los cuales se había insurreccionado.

Pero las necesidades desagradables nos afligen, no nos envilecen y confesando los males actuales, no reconocemos en lo pasado lo que encuentran sus admiradores, unidad, constancia, fe y armonía entre las acciones y las creencias, dignidad en las costumbres, energía en los sacrificios, elevación en los caracteres. En el día las poblaciones conocen su malestar, porque comprenden las ventajas que no tienen y su derecho á adquirirlas, y que relativamente al bien de los pueblos, nada se ha hecho mientras quede algo por hacer. En la masa de la sociedad contenida por las leyes y dirigida por el interés, todos quieren asegurarse una posición y mejorarla; la estimación se concede al saber, pero porque es útil; el carácter se reduce á cierta medida que no llega al heroísmo, pero que se aleja de la depravación. La legitimidad de los reyes era respetada, pero á condición de reciprocidad para con los pueblos; las dinastías son reverenciadas y fuertes, en tanto que representan á las naciones que gobiernan. Los derechos obtenidos no parecen suficientes sino cuando son garantidos, y á veces lo son por un medio que parecería frívolo: de esta manera es como el ancla, que es tan poca cosa, basta para detener á un barco.

En el día se busca la economía en los gobiernos y en la administración de justicia, mostrándose justos, esperando llegar á otro en que habrá menos que gastar en la guerra. Los verdugos, los espías, los ministros del terror serán menos necesarios, como también los jueces y los soldados, cuando en vez de oprimir á los pueblos y molestar á los vecinos, se comprenda el deber de no impedir más que aquello que realmente perjudica á la sociedad, y la ventaja de las comunicaciones recíprocas y del comercio, lo que será un medio de mejora social, haciendo prevalecer la riqueza sobre el nacimiento, al mismo tiempo que une á las naciones por la recíproca necesidad, las unas de vender, las otras de comprar, y todas de explotar con la mayor utilidad posible la superficie del globo, fatigándose en mejorarlo.

Pero la obra no está aun en su principio: demasiados intereses y prevenciones la retardan y quedan prolongados martirios, en los cuales las compensaciones de la gloria desnaturalizan el castigo, y en los que la falta que se castiga no es la que se enuncia. Sin embargo, la historia tiene también en cuenta flores que no han dado fruto, con una justicia independiente del éxito, y elevando las miradas del hombre más allá de los accidentes efímeros, les manifiesta una elección superior que no humilla á la dignidad humana, pero que la conduce á sus fines, á pesar de su resistencia. La Revolución además de quitar algunos obstáculos, manifestó la insuficiencia de las organizaciones anteriores; pero exagerada y absoluta como todas las reacciones, proporcionó un pretexto á los malos

para calumniar el bien, á los buenos para desesperar de él, en atención á que las revoluciones son como el sol que todo lo hace germinar, pero que nada cultiva. Cuando ha pasado, es preciso que los pensadores lleguen para reorganizarla. Ahora bien; en la manía de reconstituir, proponen la restauración entera del Estado y de la Iglesia; porque la razón, convertida en pasión de partido, y la pasión erigida en principio de razón son la forma actual de la irreligión, que no se burla, pero que argumenta; que no destruye, pero que quisiera edificar de otra manera. Sea lo que se quiera, las mismas paradojas de nuestra época fijan al menos la atención sobre puntos poco conocidos, y dan luz al caos.

¿Pero nos acercamos á la verdad? ¿Quién puede afirmarlo ó negarlo? ¿Quién nos dira lo que es la verdad? Entre una escuela estacionaria y una anárquica, en medio de hombres que quieren débilmente, pero que desean sin medida, en medio de aquel eterno contraste de principios que se aceptan y cuyas consecuencias se repudian, ¿cómo conducirnos? ¿Dónde concluyen los derechos de la monarquía y de la democracia? ¿De qué lado se encuentra el derecho evidente? ¿A quién pertenece la naturaleza y la justicia? ¿La luz de una conciencia honrada, es acaso suficiente ó se quiere la autoridad? ¿Cómo resistir á la voz omnipotente que quiere que todo se sacrifique á la opinión? Se ha proclamado el progreso; ¿pero en qué consiste? ¿Cuál es el mal donde comienza la humanidad? ¿Cuál es el bien hácia el cual se dirige? ¿No llaman muchos hombres decadencia lo que otros llamamos progreso?

Hay entre los pueblos inclinaciones irresistibles que los tratados pueden suspender, pero no destruir. Las ideas de lo justo y de lo injusto aparecen poco, y las convenciones que las contrarian no más que treguas, en medio de las cuales la voz popular se eleva resonando de nuevo. Ahora bien, ¿cómo aplicar á la historia la justicia pura? ¿Hay deberes positivos ó especulativos entre los pueblos? ¿y hasta qué punto la voluntad de los individuos tiene poder sobre el impulso de las naciones? La misma *humanidad* que idolatramos, ¿qué es? ¿Se compone de hombres aislados? Pero si cada uno es libre é independiente, ¿cómo están ligados en conjunto a una ley providencial? ¿Cómo son solidarios en sufrimientos y felicidad? Si el progreso es la ley de la humanidad, si la humanidad también es una ley, debe ser, por su naturaleza inevitable, y en su consecuencia el hombre no será responsable de sus acciones; está justificado si consigue el éxito, y la historia no puede adjudicar alabanza ni vituperio, y sí solo referir hechos.

Se pueden evitar las consecuencias haciendo callar la lógica y las refutaciones, permaneciendo en la vaguedad; pero el historiador debe elegir una opinión, seguro de desagradar á algunos, tal vez á todos, porque las pasiones exigen juicios contradictorios, y aceptar la discusión sería cosa interminable.

Nuevas fuentes.—Habitando en la tierra no aper-

cibimos los rayos solares que ella refleja y aun cuando nos parece oscura, brilla con una viva luz para los ojos de los habitantes de los demás planetas. De esta manera deberá juzgarnos el porvenir; pero basta ahora describirlo; para esta tarea nuevos instrumentos se nos han ofrecido, nuevo método se presenta. Ya no tenemos que recorrer tristes desiertos, en los que el camino no nos estaba trazado más que por ruinas y cadáveres, sino penetrar en los jarales de la Luisiana, donde se entrelazan sus numerosas ramas. Tenemos para los tiempos antiguos materiales muy discutidos en los debates que habian producido luz, ó hecho que los pensadores se pusiesen acordes; con respecto á la Edad Media, no queriendo sujetarnos á la historia convenida y sistemática, hemos tenido que anudar la cadena probable de confesiones sorprendidas, de monumentos sueltos, de razonables conjeturas; emprendiendo nuestro trabajo con documentos imperfectos, mal explotados, y sobre todo poco numerosos; con respecto á los tiempos modernos hay muchos, porque mil narradores surgen para cada hecho, viendo cada uno de su modo, y manifestando sus propias impresiones, que, justas, ingenuas ó llenas de preocupaciones, forman un manantial abundante de inducciones, tan pronto verdaderas como erróneas. Lo más trabajoso de la tarea es separar la historia de la multitud de anécdotas malignas, sospechosas ó aduladoras, tan contrarias á la verdad como á la justicia.

Los que se fundan en las estadísticas no reflexionan é incurren con frecuencia en la frivolidad, hasta el punto de asemejarse á aquel Heliogábalo que quería conocer el número de los habitantes de Roma por el de las telas de araña. ¿Proporcionan acaso las estadísticas los medios de apreciar el valor moral de una institucion ó sociedad, por poco numerosa que sea y por sencillos que consideremos á sus elementos? ¿No se les escapa siempre la vida, como se le escapa al anatómico bajo su escalpelo? Debe, pues, tenerse mucha sobriedad, ya para deducir las reformas que hay que hacer, para sacar una prueba de las teorías aplicadas, ó para servirse de ellas y desarmar las preocupaciones y costumbres.

Documentos diplomáticos.—Se busca en las correspondencias diplomáticas los motivos que han hecho obrar á los gobiernos de tal ó cual manera; pero muchas de las verdaderas causas de los actos públicos están sepultadas en el corazón de los príncipes y de los ministros; y los documentos de esta clase exigen gran cuidado, porque siempre están redactados con precaucion, y á veces con hipocresía. No son los debates del foro antiguo ó de los parlamentos modernos, sino con frecuencia compilaciones de personas medianas, obedientes á órdenes, y en las que la falta de color y vida se une á la de la sinceridad. Pero el arte consiste en adivinar el pensamiento bajo la cubierta de las palabras combinadas para dar tormento á la inteligencia, y de esta manera presentar desnuda la políti-

ca con su antiguo requisito de fraudes y pasiones, y en conocer bajo qué máscara quiere aparecer la fuerza, de qué protestas cubrirse la injusticia, y que consideraciones cree deber á la opinion (18).

Las cartas de personas bien informadas, y sin intencion de publicidad, dan á conocer mejor y con más familiaridad los caracteres, las costumbres y los acontecimientos; esplican las causas más impenetrables de las acciones, y aunque la verdad sea desfigurada por las pasiones vivas y actuales, se encuentra en ella la historia de los sentimientos, historia tan importante, y que aun está por conocer enteramente.

Literatura.—Tambien hay muchas cosas que pedir á la literatura como manifestacion de la opinion, recordando de todos modos, que ésta no es unánime ni imparcial. Además de que las bellas producciones duran perpetuamente, á pesar de descubrimientos ulteriores, como la perla que no disminuye de precio, porque se encuentran en mayor número en el mar de donde fué sacada; son preciosísimas las correspondencias, las anécdotas, los pensamientos, las conversaciones, las particularidades del carácter de los grandes artistas, marcadas con un tipo especial que en vano se trataría de contrahacer.

Periódicos.—Los periódicos, escritos bajo la impresion del dia, no manifiestan el pensamiento del público ni del escritor; órganos del gobierno, no les son imputables las mentiras que les manda insertar; órganos de los partidos, son atroces detractores ó ciegos panegiristas; vendidos ó corrompidos, siempre son corruptores; son muy inferiores á las memorias porque no están escritos por personas versadas, ni garantidos por un nombre respetable; no se les puede leer sin reflexionar qué clase de historia leerán nuestros hijos, estando sacada de fuentes tan cenagosas. Ellos pretenden oscurecer las verdades por otros proclamadas; niegan á las demás la libertad del pensamiento y de la manifestacion, y se las arrogan á sí mismos; no suponen convicciones profundas y dignidad de carácter porque no las tienen, toda sincera verdad se mancha con su inmundicia, todo libro nuevo lo critican ó lo adulan, no segun su mérito, sino segun su pasion; y prevaleciendo entre el vulgo que los lee, porque su voz está más difundida y más repetida, estravian los juicios, y presumen crear una opinion que llaman popular porque es plebeya.

Poseemos un monton de memorias, relaciones animadas en que el narrador, precisado á ponerse en escena, hace tambien entrar en ella á los que le rodean, dándole una fisonomía dramática. A veces merecen el cargo que Vauvenargues hacía á los cortesanos, y era tener el secreto de reducir á la nada las grandes ideas. Así es, que á ellos re-

(18) «Para quien sabe leer en ellos, pocos documentos indican mejor la verdad, que las mentiras diplomáticas.» BARANTE.

curren los que buscan á los hechos causas pueriles, odiosas ó miserables. La historia es más picante, pero menos digna y menos verdadera; porque los detalles biográficos, los accidentes no menos que las agudezas y los caprichos de los reyes no son de su dominio. Se trata para ello de penetrar los problemas nacionales, las pasiones y las ideas de las diferentes épocas; franquear los confines de la arqueología y de la geografía para ver la marcha de la humanidad á través de las tinieblas de lo pasado. No debe hacerse el órgano del odio ni de la adulacion, sino proclamar la verdad, por repugnancia que inspire; desechar las conchas á pesar de su belleza, para aprovecharse de la perla que encierran; adherirse á lo que debe vivir, descuidando lo que está destinado á extinguirse; dirigir la atencion del hombre sobre sí mismo para revelar su poder, y sobre los demás para determinar las conveniencias (19).

Imparcialidad.—Tanto en la historia, como en las matemáticas, hay cuestiones que no se deben tratar porque son insolubles, y otras porque son muy vagas y susceptibles de múltiples soluciones, así como una mitad de la luna permanecerá, á pesar de la liberacion, siempre invisible á los habitantes de nuestro planeta, de la misma manera ciertos hechos permanecerán en el misterio. Tratar de adivinar segun las intenciones, ó más bien suponerlas y sutilizarlas sobre las causas ocultas, puede ser llamado por algunos filosofía de la historia; pero esto no es en realidad más que un medio de engañarse á sí y á los demás. Las inteligencias superiores no lo ignoran y saben preservarse de ello; pero los talentos vulgares se revelan con despecho ridículo contra la insuficiencia humana, y no están satisfechos sino en tanto que tienen juicios fijos y determinados, sobre objetos en que la precision no puede ser más que un error: talento sin alcance, que tiene necesidad de sistemas y fábulas, y no sabe sostenerse sino en la materia.

Dificultades de la historia moderna.—Que defendais á Roma ó á Cartago; que os declareis por Dagoberto ó por Pepino, por Manfredo ó por Carlos de Anjú; que reconozcáis ó neguéis el poder al papa de investir al emperador y elegir á los obispos; que el Imperio tenga ó no la supremacia sobre las repúblicas; que el feudatario deba ó no el homenaje ligio al señor feudal; que los concejos hayan sustituido durante la invasion, á los vencidos, ó permanecido siervos; que las falsas decretales hayan sido una invencion francesa ó romana;

(19) Algunos tuvieron, para su propio uso, registros diarios de los hechos que iban ocurriendo. Tales son los *Prioratos*, donde algunas casas de Florencia anotaban los piores que anualmente ocupaban el gobierno, añadiendo después los acontecimientos interiores y aun los exteriores de que tenían conocimiento. Tales fueron los diarios de *L'Étoile* para los reinados de Enrique III y IV de Francia.

que Gregorio VII haya perdido ó no el derecho de mortificar á un tirano, son cuestiones bastante distantes de nosotros para poder pesarlas con sangre fria, á menos que la pasion no quiera hacer de ellas una arma, y sacar alusiones á los intereses presentes. Pero éstos se nos presentan por todas partes, y aun no están resueltas muchas cuestiones; aun está viva la llaga de la reforma, á pesar de la tregua indeterminada de Westfalia; no sabemos si la Revolucion está en la agonía ó da sus primeros vajidos; cada dia son más vivos los dolores marcados por el martirio que sufren hace tanto tiempo la Polonia y la Irlanda; las disputas interiores sobre la Grecia se reproducen bajo formas variadas; el renacimiento de las letras y de las artes, bajo la forma clásica, prolonga sus efectos hasta el punto de dividir la literatura en dos escuelas; la constitucion de los diferentes Estados no es más que el producto de las ambiciones, usurpaciones ó revueltas; en fin, los debates sobre la gracia se traducen bajo mil diferentes formas.

¿Es una pesada tarea la de escribir una historia que dura todavia! Basta al pintor, para representar á Homero, Rómulo ó Moisés, ciertos símbolos convenidos, y todos los reconocerán sin trabajo: que haga el retrato de Carlos XII, de Luis XIV, pocos se atreverán á acusarle de infidelidad; pero que reproduzca á vuestro padre, á vuestro amigo, ó á vos mismo, al momento se mezclan en ello las afecciones; lo que un extranjero encuentra adulador, parecerá desfigurado á los que vean la obra con los ojos del corazón. Lo mismo sucede á la historia. ¿Quién no ha leído á un autor cualquiera? ¿Quién no tiene predileccion por un país? ¿Quién no ha dado su juicio sobre los héroes y hechos próximos? ¿Quién no ha sacado de la escuela de preocupaciones llamadas de educacion, falsas ideas de gloria? Cada ciudad posee un artista ó un cuadro que considera sublime; todo editor ensalza hasta las nubes la obra que publica; todas encuentran que se ha hablado muy sumariamente de su arte y de su país, y con demasiada estension del arte ó país de los demás. El punto de vista de la posteridad abrevia estremadamente la historia literaria; cada dia que pasa se lleva consigo una admiracion. Pero el hombre á quien se desengaña se vuelve ingrato, como aquel á quien por primera vez revelan las faltas de una mujer que ama; irrita quien se atreve á ilustrar una ceguera voluntaria. Hay, no obstante, gran diferencia entre hojear un autor y profundizarle, apoderarse de su intencion, ó manifestar algun pasaje separado; entre juzgar un hecho, un hombre aislado, y verle en sus relaciones con los demás. Así es, que el que se ha dedicado á indagar la verdad, siente venirle á la boca esta respuesta del padre Hardouin: *¿Qué! ¿me he de levantar siempre antes que amanezca para pensar como todo el mundo?*

Lo mismo acontece con las invenciones: no hay una que no haya tenido precedentes, hasta que un

talento superior haya reconocido su importancia, aplicaciones y consecuencias. Entonces nacen de repente las disputas de prioridad. El orgullo nacional hace encontrar magnífico lo que no es más que miserable, y proclama eternas glorias, las que a lo más son pasajeras. Los extranjeros harán un cargo de haber ensalzado toda reputación italiana, á aquel á quien los italianos acusarán de haberse manifestado demasiado parsimonioso en sus alabanzas (20). Añádanse á esto las vanidades personales, que exigen por su parte, no sólo respeto, sino también condescendencia á su opinión y elogios por sus méritos domésticos; porque la gloria es como los retratos, que cada uno cree que miran hacia la parte donde él está.

Divididos, como lo estamos, en artistas y especuladores, en inventores y conservadores, lo que agrada á uno es desaprobado por otro (21). Sólo los cálculos tienen para uno importancia; para el otro únicamente el sentimiento. Se pide al escritor imparcialidad, y se le acusa de falta de animación; se le piden detalles sobre el comercio, las artes y el gobierno, é incomoda que las consideraciones accesorias debiliten el relato. Cuando leyó Bernardino de Saint-Pierre por primera vez su *Pablo y Virginia*, Necker se dormía, Thomás permaneció distraído, Buffon pidió su coche, las damas se apresuraron á ocultar sus involuntarias lágrimas; la esposa de Necker le animó, pero de una manera humillante. Bernardino quiso arrojar su obra al fuego; pero Vernet vió su ademán; Vernet, artista, lo había comprendido y un libro inmortal conservó al mundo.

En fin, la historia no sólo debe ser una campana fúnebre que toque para los hombres y las instituciones que ya no existen, sino también para anunciar alegremente el nacimiento de una idea que se dirige á ser un hecho, convidando á los pueblos á saludarla con benévola cortesía.

¡Desgraciado del historiador que trata de agradar á todo el mundo! La impopularidad es una noble cosa cuando consiste en no dejarse arrastrar por la multitud, y en preferir á un sentimiento fácil el valor de su opinión. Y además, la rectitud del juicio y la libertad del talento equivalen á veces á mucha ciencia. El historiador debe sobre todo persuadirse de que las grandes verdades se de-

(20) Mably se espresa de esta manera en el prefacio del *Derecho público de la Europa*: «Ruego á un alemán que apruebe lo que he dicho de Inglaterra, Suecia, España, etc., sospechar que no sería tal vez imposible que aun tuviese yo razón, cuando hablo de la Alemania de una manera que no está enteramente conforme á su modo de pensar, lo que pido á un ruso, á un danés, italiano, etc. Mi demanda es justa; pero conozco que la preocupación no me la concederá.

(21) *Tres mihi convivia prope dissentire videntur, Poscentes vario multum diversa palato, Quid dem? quid non dem? enis tu, quod jubet alter.* (HOR., ep. II, 2.)

muestran menos con una elocuencia fácil, que con la razón y la evidencia de los hechos, y que se consigue más con acercarse á ellas que con asaltos á viva fuerza. Las preocupaciones no ceden más que al tiempo, aunque les sea ciertamente preciso el ceder: sin embargo, el hombre que las combate cede á ciertas consideraciones, á cuyo abrigo zapa con más seguridad la ciudadela del error. Bernoulli obtiene en 1751, el premio en la Academia de Ciencias, en la cuestión relativa á la órbita de los planetas; pero es deudor de él según su propia confesión, al respeto que ha manifestado hacia un error, es decir, hacia los vórtices de Descartes. La perezosa jactancia sólo podrá hacer un cargo de aquel sacrificio, porque no sabe cuánto le cuesta.

Sobre todo, en las historias modernas es donde se hace necesario el arte que otras veces hemos recomendado de leer lo que no se escribió en los libros, en atención á que el autor, por amor á la verdad, se sujeta al martirio de velarla; si no puede vituperar á Bonaparte, que se hace tirano, alaba á aquel que trata de impedirlo. Se amolda con la esperanza de que el lector sepa romper aquel velo, y suplir las reticencias obligadas ó calculadas (22).

Cuanto menos esperanza tiene el historiador moderno de obtener tolerancia para sí mismo, más debe mostrar á los demás, no la tolerancia, hija de la indiferencia, que acepta igualmente todas las creencias, con tal que sean morales, lo cual es un medio de subvertirlas todas, sino que se apoyen en el sentimiento religioso y en la esperanza de que Dios, sin destruir lo que existe históricamente, hará triunfar la verdad y llegar su reinado. La intolerancia es siempre orgullo, porque pretende disponer las cosas como cree, sin consideración á la debilidad humana y á la historia que nos manifiesta, que la persecución, obligando al secreto, induce á sospechar lo peor; porque toda verdad oprimida, es una fuerza que se acumula.

Esto no significa que el historiador deba caminar rectamente como el ingeniero, que al trazar un camino sólo piense en la línea que debe seguir sin detenerse en la belleza y fertilidad de los países que atraviesa. Lo bello es no sólo un atractivo, sino también un consuelo para el alma; el águila que se lanza á las regiones superiores, conoce la necesidad de respirar y se detiene, aunque las fuerzas no le falten. Limitándose una fría justicia á ofrecer la verdad pura, se asemeja á los retratos fotográficos, que reproducen las líneas reales, pero que tienen el aspecto de cadáveres. Relatar sin sentimiento de lo que sucumbe, sin esperanza de lo que surge, es la imparcialidad del escéptico que se somete á la ley de los hechos sin odio y sin amor, al paso que el amor á la verdad es lo primero en el que escribe la historia (23). Imper-

(22) El abate Galiani hacia consistir la elocuencia en decirlo todo sin ir á la Bastilla.

(23) «Lo mejor que puede ofrecernos la historia es el entusiasmo que despierta.» GÖTTE.

fecto si se limita á disertar, analizar y sacar consecuencias, es necesario que afecte, interese é instruya, es preciso que manifieste el insigne espectáculo del hombre oponiendo á los obstáculos renacientes, á la obstinada adversidad, á las bajas calumnias, el valor civil y cotidiano, mucho más meritorio que el fácil valor de los campamentos; es preciso que sepa denunciar como criminal al vencedor en medio de su gloria, y también proclamarle sublime cuando se porta con longanimidad en un infortunio inmerecido. La instrucción resulta menos del exámen que del interés, y lo que conmueve no se olvida. Debe, pues, hacerse como aquel que, pasando por una ciudad donde tiene muchos amigos, se complace en detenerse con aquellos á quienes más estima y tiene simpatías. Siempre hay provecho en considerar á los grandes hombres tales como son, porque en el hombre existe la verdadera enseñanza de la historia; y de los gobiernos, de las instituciones, de las leyes, de las costumbres, es necesario siempre volver á él, al cuadro de sus debilidades, de sus miserias y de sus virtudes. ¡Cuán útil no es en los combates que aguardan que alguno se atreva á proclamar la verdad, recordar que Sócrates fué perseguido por el Areópago, Colón por sus soberanos, Galileo por la inquisición, Tasso por sus Mecenas, Condorcet y Lavoisier por la Revolución! Cuando Adamson dirige al Instituto el plan de su orden universal de la naturaleza, apreciando este sabio cuerpo su maravilloso trabajo, le invitó á acudir á su seno; pero contesta que no puede ir por falta de zapatos.

Animado de simpatías hacia su asunto, debe, pues, el historiador saber apoderarse de los detalles que son la poesía y el conjunto la verdad de la historia (24). En lugar de las particularidades tan poco fieles como fastidiosas de las batallas (25), pone las discusiones de las escuelas y los debates de los parlamentos: ¿Weishaupt, Jansenio, San Simon, no merecen tanta atención como Montecuculli y Rodubey? Las cuestiones de los *rotten borough* y del impuesto sobre cereales, ¿no son más atendibles que una guerra? La independencia de América fué conquistada en las cámaras inglesas más bien que en los campos de batalla, y los congresos de Verona y Londres son más decisivos que los hechos de armas de Antrodoco y del Trocadero.

Pero tratando de esponer la verdad, basta referir los acontecimientos sin ir más allá del elogio

(24) «He podido convencerme, con el ejemplo de lo pasado y por la experiencia de lo presente, que el público ha sido siempre avaro de conocer á los hombres que nos han dejado imagen de su alma. Los más minuciosos detalles con respecto á ellos se recogen y leen con avidez.» GIBBON. *Mem.*

(25) *Quinam sit ille quem non pigeat longinquitatis laborum scribendo legendoque, qua gerentes non fatigaverunt.* TITO LIVIO, X, 22.

ó del vituperio? (26) Los hechos sin los razonamientos, no son más que palabras de un diccionario, que nada espresan, si no están dispuestos y ligados entre sí; así es, que sin contar la obligación de buscar con celo, examinar con sinceridad, esponer con claridad, el historiador debe tener un método para considerar los acontecimientos y recordar siempre, que la verdad, lejos de ser deducida, sirve, por el contrario, para juzgarnos, y que la filosofía domina á la historia más bien que deriva de ella.

Algunos autores quieren hacerlo depender todo de las razas, como si la unidad de éstas bastase para explicar los pueblos: ¿pero la diferencia de los climas, de las instituciones políticas, de las creencias religiosas, no determinan el mayor número de variaciones en la sociedad humana? Los que creen que la multiplicidad de las formas libres no es más que una anarquía, y quieren la unidad del poder por primera condición de un Estado, no consideran lo que se asegura progresivamente la autoridad absoluta dándole el nombre de orden.

Hay otros que denigran todas las cosas, y á falta suya, las intenciones, lisonjeando de esta manera la debilidad humana, que nos hace amar y reducir á los grandes hombres á la medida común; pero nosotros tenemos fe en la virtud fecundadora de un hermoso ejemplo. Otros, por el contrario, han tomado á su cargo rehabilitar, como se dice en el día, las memorias más reprobables. En verdad muchos juicios debían reclamar apelación, muchas glorias debían dejar el puesto. De todos modos, no se rehabilita un hombre, suponiéndole méritos que no ha tenido nunca, sino reconociéndole aquellos que sus contemporáneos han debido atribuirle, y de los cuales una parte de ellos, por lo menos, han debido estar acordes.

Otros más, no consideran la historia más que como una metáfora poética ó una discusión oratoria, complaciéndose en ingeniosos contrastes, en datos curiosos, buenos como paradojas y como alimento del espíritu de secta, pero repugnantes á la verdad. La historia no cambia de teatro; lo que se ha representado la víspera no se reproduce nunca al día siguiente. Aunque el hombre se propone siempre los mismos problemas, y aunque la historia no sea en suma más que la diversidad de soluciones, nunca estas soluciones son idénticas. Bien se podrán sacar alusiones, por la necesidad de comparar lo que es con lo que fué; es imposible hablar de los reyes y de los pueblos, sin pensar en los contemporáneos; y mientras que los hombres sean hombres, lo pasado será la sátira de lo presente, por semejanza ó por diversidad.

(26) Si es preciso admitir la sentencia de Quintiliano: *Scribitur ad narrandum, non ad probandum*, no habria historia de la Edad Media. Los mismos que profesan esta opinión no la siguen en su ejecución, y los hechos son en sí el accesorio de un pensamiento concebido de antemano.